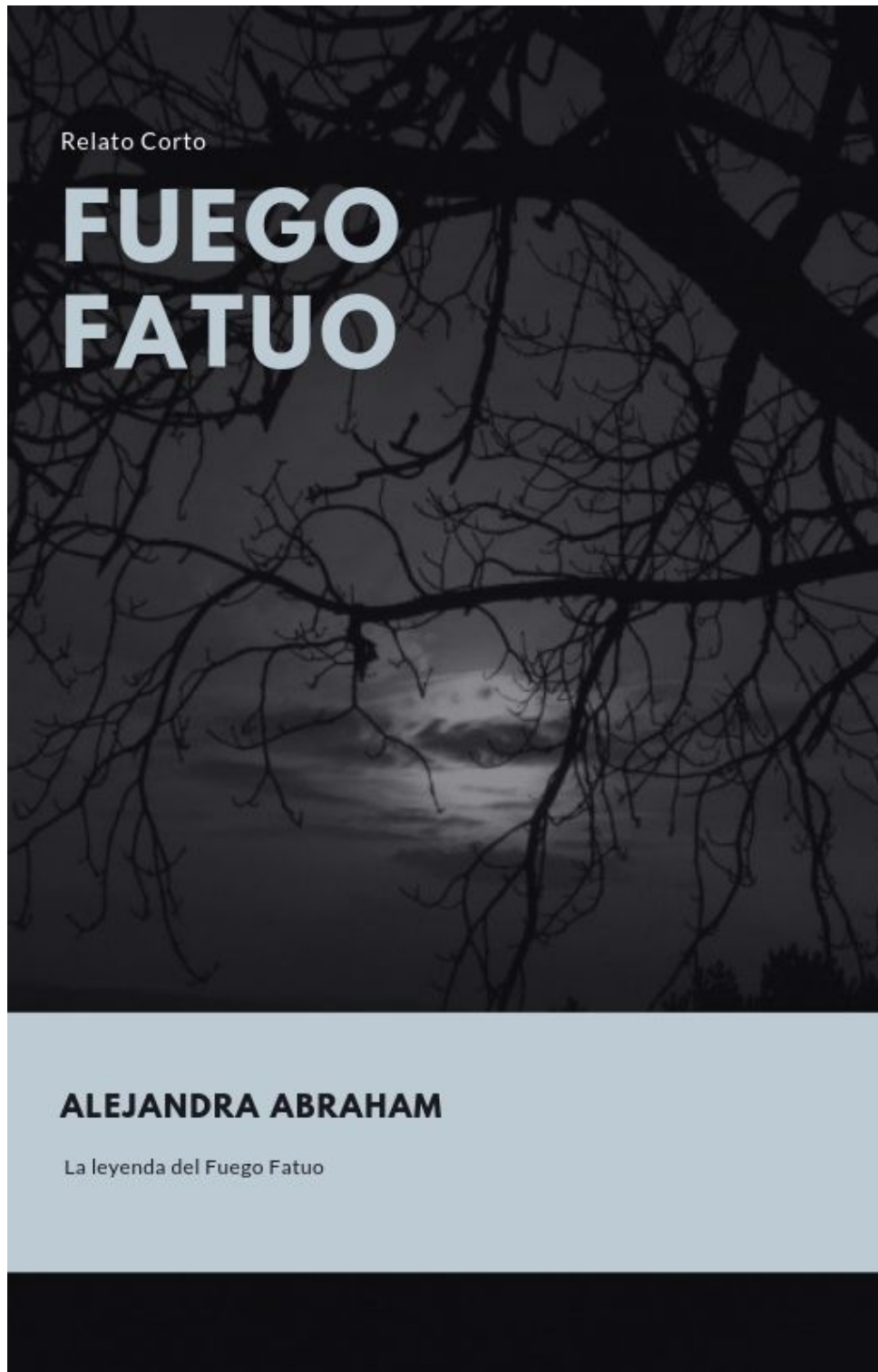


Fuego fatuo

Alejandra Abraham □



Capítulo 1

Fuego fatuo

La lluvia borraba mis pasos mientras me alejaba corriendo lo más rápido posible en dirección al bosque, alejándome del lago, alejándome de aquella luz pálida. Me adentré en la espesura ignorando los rasguños que las ramas desnudas de los árboles me hacían en la piel y la lluvia helada que empañaba mis anteojos.

Corrí durante lo que me parecieron horas. Cuando ya no pude más, me detuve en busca de aire y solo entonces reparé en el ardor que sentía en la garganta y en los fuertes calambres que recorrían mis piernas. Un paneo rápido a mi alrededor fue suficiente para descubrir que me hallaba completamente perdido. Me había ganado el miedo y al huir no había tomado la precaución de seguir el sendero. Al menos estaba con vida, por ahora. Dudaba que Dustin y Alec corrieran con la misma suerte. La esfera luminosa que había salido del lago se los había tragado.

En mis dieciocho años de vida jamás había visto algo así y estoy seguro de que mis amigos tampoco. Tenía cierta semejanza a una medusa gigante, pero era más brillante, más letal. A pesar de mis súplicas, ellos habían corrido por el muelle para ver más de cerca la luz pálida que había emergido del centro del lago y comenzaba a levitar en nuestra dirección. Se movía cada vez más rápido. Me habían llamado cobarde, pero si no hubiera sido precavido, esa cosa también me hubiese absorbido.

En ese instante fui completamente consciente de lo que había sucedido. Se me hizo un nudo en la garganta y los ojos se me llenaron de lágrimas. Mis mejores amigos, mis únicos amigos en todo el mundo, se habían ido para siempre, habían sido devorados por aquel luminoso ser.

Abrumado por la pena, el miedo y el cansancio me dejé caer sobre la tierra húmeda apoyando mi espalda contra un árbol centenario. La lluvia menguaba poco a poco, pero la oscuridad y el frío me envolvían por completo.

Me preguntaba cómo le diría a los padres de Dustin y a la madre de Alec lo que había ocurrido. Me preguntaba si saldría alguna vez del bosque para poder contarlo. Aunque las ideas que surcaban mi mente resultaban cada vez más pesimistas, me fui quedando dormido.

Soñé con mi muerte y con la de mis amigos y soñé con aquella esfera luminosa que me había quitado todo.

Una luz brillante sobre mis ojos hizo que me incorporara de un salto. Esperaba lo peor, pero estaba dispuesto a enfrentarme con uñas y dientes

a esa cosa y a luchar por mi vida. Suspiré aliviado al notar que era la luz de una linterna. La policía me había encontrado.

Supuse que me darían una frazada y alguna bebida caliente antes de preguntarme qué había ocurrido. Seguramente, mis padres me estaban esperando en la carretera muy preocupados, al no saber de mí. Sin embargo, nada de eso sucedió. En vez de envolverme con una manta, me colocaron unas esposas heladas y me arrestaron por el cargo de asesinato doble. Habían encontrado los cuerpos de mis amigos en la orilla del lago junto a mi mochila y yo había huido.

Ni la policía, ni el juez, ni el jurado, ni la familia de mis amigos, ni siquiera la mía creyó nunca mi historia. Me dieron una condena de cuarenta años. Salí en veinte por buena conducta pero la padecí como si hubiese sido de ochenta. Aquel anochecer espectral perdí a mis amigos, a mi familia, mi libertad, mi juventud, toda mi vida por culpa de aquella luz.

Tras recuperar mi libertad, regresé muchas veces a aquella playa. Quería demostrarles a todos que mi historia era cierta, quería probarme a mí mismo que no me había vuelto loco, pero jamás la volví a ver.

Un anciano me contó una vez una leyenda que circulaba por la zona. Algunos la llamaban "luz mala", otros "fuego fatuo". Decían que aquello jamás aparece dos veces en un mismo sitio y que si alguien tiene la mala fortuna de encontrárselo, debe huir lo más rápido que pueda o no vivirá para contar la historia. Puedo dar fe de aquellas palabras. Aunque nunca pude estar seguro de si aquella leyenda probaba mi historia o fui yo mismo quien la comenzó.

AUTORA: ALEJANDRA ABRAHAM